

soltar un poco las riendas al verso y a su aliento narrativo. Al hacer esto, probablemente se da cuenta de que las alas se las corta la uniformidad de la voz. No consigue tomar de Eliot esa sensibilidad para la polifonía de voces y lo uniforme se puede volver monocorde.

A esto responde *Georgetown Blues* (1985), que redondea las dos décadas de poesía de Gutiérrez Vega. Los esfuerzos por ampliar el registro se hacían presentes en la «Novísima suite doméstica» con que cierra *Cantos...* Hace bien el autor en ya no buscar directamente en Eliot. Lo que funciona en inglés puede no funcionar en español. En cambio, los libros como *Poeta en Nueva York* tienen todavía mucho que dar al lector atento. *Georgetown Blues* no es un libro redondo. La voluntad epigramática vuelve a sufrir un descalabro, pero el poema que da título al libro, «Obligaciones del poema en la tarde de Adams Morgan», y «El regreso del poeta», apuntan un camino que puede ser muy fértil. De momento cierran un ciclo de la obra de este escritor con un alto nivel cualitativo. Si la obra pirotécnica de algunos poetas lo oscureció en su momento, ahora que lo tenemos reunido en un solo volumen se le puede comprender mejor, e interrogar a esa literalidad siempre engañosa, esa tradición siempre cambiante. «Una tregua (en todas las guerras decentes las hay) no significa una retirada.»

José María Espinasa

Para ponerse a la altura de los tiempos

Por haber sido realizada a conciencia, de concienzuda puede ser calificada la nueva lectura que Jorge Uscatescu ha hecho de San Agustín, de Kierkegaard, de Nietzsche, de Duns Escoto, de Heidegger y del pensamiento de la Ilustración. Los Congresos de Siracusa y el mundial de Estética, el Centenario de San Francisco de Asís y el de la *Gaya Ciencia* de Nietzsche, también han sido para Uscatescu motivos de inspiración a la hora de escribir el presente libro, en el que ha querido reflexionar sobre la dinámica profunda de la inteligencia y de la cultura, del arte y la filosofía como diálogo abierto. La amplitud de la temática es algo ya conocido para los asiduos lectores de este autor.

*Jorge Uscatescu. Agustín, Nietzsche, Kierkegaard. Nuevas lecturas de Filosofía y Filología. Ediciones Forja, S.A., Madrid.

San Agustín es destacado como hacedor de la primera filosofía de la historia, en la cual se inspirarían todas las filosofías de la historia posteriores. Uscatescu habla entonces de «dos posiciones colocadas frente a frente». Reivindicación, por una parte, de la filosofía de la historia, según la cual no somos nosotros los que estamos en el tiempo, sino que es el tiempo el que está en nosotros. De otra parte, la disolución de la filosofía de la historia, de la misma historia como filosofía, en una larga aventura de la experiencia «esencial» del hombre en el sentido de su propia historicidad. «Entre estas dos posiciones opuestas —dice Uscatescu— está la obra de filosofía de la historia de San Agustín y la del más ilustre de sus sucesores en este campo: el italiano Juan Bautista Vico.» «La primera filosofía —dice también— o metafísica de la historia constituida, será la de San Agustín. Vico la proyectará en una modernidad, donde con el historicismo crítico analizado por Meinecke a partir del siglo XVIII, el hombre será minado en su propia historicidad, de cara a la etapa final de la “muerte del hombre” íntimamente ligada a la “muerte de Dios”».

A propósito de su relectura agustina, el autor del presente trabajo destaca que «esta concepción cristiana es la única que se esfuerza en dar un sentido, una significación a la historia, un sentido que no comporta decadencia y caída, sino plenitud, estableciendo un nudo íntimo entre tiempo y eternidad, sin el cual ningún sentido sería concebible».

La interioridad secreta

De la nueva lectura de Kierkegaard, Unamuno y Dostoievski, Uscatescu destaca un claro denominador común entre los tres escritores. «Tensión religiosa —escribe—, melancolía, miedo y temblor, angustia de la muerte, son algunos de los términos de este encuentro significativo.» «El *Diario* de Kierkegaard, —añade—, el *Diario de un escritor* de Dostoievski y el *Diario íntimo* de Unamuno, muestran las etapas de la renuncia a la razón y a la búsqueda dolorosa de las vías de la interioridad.»

En la soledad y en la fe, las fuentes de la interioridad son una realidad viviente; la garantía de lo absoluto, del diálogo con Dios. Se trata de la superioridad de lo interior, que Kierkegaard y Unamuno proclamaron.

Uscatescu reconsidera el hecho de que la crítica española haya considerado a Kierkegaard y Unamuno como espíritus religiosos, pero no como «filósofos». No se muestra en desacuerdo con que la caracterización sea aplicable a Unamuno, el cual no tiene una preparación filosófica sólida y sistemática, pero piensa que no es igualmente aplicable a Kierkegaard. «Si es verdad, —comenta—, que tanto el uno como el otro, rechazan de cierta manera las soluciones filosóficas como resultado fecundo del esfuerzo del pensamiento de la existencia, Kierkegaard no solamente tiene tras él la reivindicación de Sócrates, sino también la reivindicación de Aristóteles.»

En cuanto al encuentro de estos dos grandes personajes, el autor del presente libro dice: «No será por lo tanto la angustia existencial, que Unamuno conoce, lo que les acercará, sino un cierto encuentro entre dos espíritus, cuya característica esencial del alma es la religiosidad.» Si el alma religiosa de Kierkegaard está continuamente encendida por la duda intelectual de Hamlet y la de Unamuno está fascinada por la transfi-

guración pasional de Don Quijote, su encuentro se hace posible, según Jorge Uscatescu, en la atmósfera de Ibsen: «En efecto —escribe— a través de la comprensión de la filosofía kirkegaardiana de los dramas de Ibsen, el escritor español encuentra al escritor danés. Se trata de dos espíritus religiosos que se encuentran así, precisamente, en cuanto espíritus religiosos, y no en cuanto filósofos especulativos.»

La semejanza entre el escritor español y el danés, puede resumirse en la proyección estética de un esfuerzo de expresión de la interioridad secreta y en la comprensión del hombre en el espíritu del nihilismo. «Toda su tensión —dice el autor— para revelar su interioridad secreta, toda su búsqueda del hombre real y concreto, hombre de la esperanza y el dolor, del sueño y del tejido de contradicciones, todo esto parte de la incesante búsqueda que Unamuno realiza tras su propio "centro".»

Un seductor fascinante

Aprovechando la conmemoración del centenario de una de las obras más fascinantes de Federico Nietzsche, *La gaya ciencia*, Uscatescu reflexiona sobre el creador de la nueva religión del Superhombre, que califica de «una nueva forma de estoicismo escéptico, deletéreo, que centra sus fines en la seducción», y el propio Nietzsche le va como un seductor fascinante, atormentado, cuyo espíritu y aventura humana se encuentran envueltos en una inmensa y grisácea aura de melancolía. Considera que uno de los temas fundamentales donde introduce con más fuerza el simulacro, la seducción y la ambigüedad, es en el tema de la muerte de Dios. «El de Nietzsche —dice Uscatescu— no es un juego especulativo o dialéctico. Es un juego dramático. Pero siempre un juego. Queda un puesto vacante. Es el de Dios. ¿Y quién lo ocupará? Difícil decirlo. Es un juego, un simulacro continuo. El se centra en buena medida en la inversión de los valores, de todos los valores.» Muerto Dios, muertos todos los dioses, quien vive es solamente el Superhombre: Zarathustra. Acabada la metafísica, se abre el reino de la profecía, que no es otra que la metafísica de la voluntad de poder, en cuando a la posibilidad de superación del nihilismo.

Como Heidegger, el autor piensa que Nietzsche no es ni mucho menos el predicador de un vulgar ateísmo, y recoge la frase del filósofo alemán cuando dice: «Dios ha muerto, nada tiene que ver con la trivialidad banal de las opiniones de los que "no creen en Dios".» La referencia de Nietzsche va hacia el mundo suprasensible y hacia la esencia del hombre. En aquel mundo se sitúa el vacío que la muerte de Dios produce.

Tres nombres son citados por Uscatescu como representantes de la nueva filología clásica: Wilamowitz, Rhode y Nietzsche. Ulrich von Wilamowitz será el principal adversario de la orientación de estudios de Nietzsche sobre el mundo griego, Rhode, por el contrario, será durante muchos años su incondicional admirador. «La amistad Nietzsche-Rhode, —dice el autor—, constituye una hermosa página en la vida del filósofo. Tanto como la de Wagner. Porque se ha exagerado la ruptura Wagner-Nietzsche, después de la aparición del *Origen de la Tragedia*.»

«Yo no soy un hombre, soy una dinamita», escribía Nietzsche en su *Ecce Homo*, y fiel a sus palabras, rechaza la filología, la metafísica, a Platón y a Sócrates. Busca, como

dice Heidegger, un nuevo comienzo. Y vuelve a Heráclito. Por encima de todo defiende su libertad, hasta considerarse el hombre más libre, más independiente y más solitario de Europa.

Filósofo de la existencia

En estas «nuevas lecturas de filosofía», Jorge Uscatescu dedica una especial atención a Maurice Merleau-Ponty, extrañándose de que uno de los textos de síntesis más conocidos en Francia sobre la filosofía existencialista —*Introducción a los existencialismos*, de Emmanuel Mounier—, no le inserte en la larga lista de nombres que va desde Sócrates hasta Sartre: «Se puede afirmar —dice— que la inserción histórica de este pensador en el existencialismo es ya un hecho definitivamente aceptado.» «Definir la personalidad de Merleau-Ponty, —dice también—, en un ambiente filosófico en el cual los existencialismos se entrecruzan con los marxismos y los estructuralismos, no es tarea fácil. Tampoco es fácil desprender su aventura filosófica personal de la de Sartre cerca del cual se encuentra y contra quien se levanta con un ímpetu polémico de notables consecuencias.» Y en contra de los que ven en Merleau sólo un contemporáneo de Husserl, Uscatescu afirma que «se trata de un pensador de sólida formación que encuentra en la obra de Husserl sus raíces y con la fuerza de estas raíces construye su propio edificio».

También Ortega y Gasset tiene su hueco en las «nuevas lecturas» del filósofo de origen rumano. Ortega y lo que consideraba un tema vital: la cultura. Su amplio proyecto de educación que reivindica la cultura como el hecho más preponderantemente esencial de la vida: «El sistema de política cultural española de Ortega, —escribe—, conserva gran parte de su actualidad. Actualidad de términos, de planteamientos, de propósitos y, lo que es más curioso, actualidad de situación en el tiempo.»

Ese «para ponerse a la altura de los tiempos», que tanta repetía Ortega, especialmente a los universitarios, es recordado en estas páginas con insistencia. También aquella idea de que todo hombre formado como profesional en el marco de la universidad, ha de buscar en la cultura «camino» y repertorio de ideas claras sobre el universo. Se trata de, —decía el autor de la *Rebelión de las masas*—, «convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la Cultura, en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento, Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento».

Diálogo entre las culturas, diálogo entre Oriente y Occidente, diálogo con el Tercer Mundo y crítica a la filosofía del desarrollo, son otros de los múltiples temas que en el presente libro se tratan. Citando aquel «mundo del mañana» que fascinara a Ugo Spirito, Jorge Uscatescu también deja caer la cuestión de la técnica, como fuerza unificadora de la realidad cultural, artística y científica, con todas sus consecuencias profundas en la instauración de nuevos modos de vida, de diálogo y de colaboración cada vez más profunda.

Isabel de Armas